Incorporación de la académica doña Eliana Gonzales Cruz

Perspectiva de la lingüística peruana: una mirada al pasado para avanzar hacia el futuro¹

Señor presidente de la Academia Peruana de la Lengua, Señores académicos, Señoras y señores:

Quisiera empezar expresando mis condolencias por la pérdida de uno de los artistas plásticos más destacados de nuestro país, don Fernando de Szyszlo, académico de número desde 1997, quien falleciera junto a su esposa el 9 de octubre del presente año. Don Fernando fue un reconocido impulsor de las artes y las humanidades en nuestro país. Descansen en paz.

Es para mí un honor dirigirme a ustedes. Es un honor haber sido designada como miembro de número de tan distinguida institución. Es un honor que recibo con humildad y sencillez como corresponde a quien siente que aún ha avanzado poco en el trayecto académico.

Discurso de su incorporación como miembro de número a la Academia Peruana de la Lengua, celebrada en sesión pública el 16 de noviembre de 2017 en Lima, en el Instituto Raúl Porras Barrenechea.

Esta designación me llegó con mucha alegría y bastante sorpresa, pues mi trabajo, durante todo este tiempo, ha sido silencioso, como muchos de ustedes lo saben, pero motivado siempre por querer hacer las cosas bien y pensando, sobre todo, en aquellos a los que mis inquietudes, sueños y proyectos pudiesen llegar para conseguir un mundo mejor.

Estoy feliz, sin duda alguna, y, por ello, le agradezco no solo a usted, señor presidente, también a los académicos que propusieron mi nombre y a los que hicieron posible mi designación.

Esta noche, señores académicos y público asistente, permítanme esbozar algunas reflexiones en torno a dos aspectos determinantes en mi actividad académica: la docencia y la lingüística. Si bien soy docente de vocación y lingüista de formación, no abordaré mi exposición en ese orden, pero me referiré a ambos, sin duda alguna.

Eugenio Coseriu, una de las figuras más representativas de la lingüística del siglo XX, en su clásico libro *Competencia lingüística y criterios de corrección* (1992) señala que la actividad de hablar se manifiesta en tres saberes. El primero corresponde al saber elocutivo o elocucional, que se enlaza con el saber en general regido según los principios generales del pensamiento; es decir, según el conocimiento que tenemos del mundo y según las leyes de la lógica; lo que me ayuda a distinguir lo congruente (*Hoy es 16 de noviembre de 2017*) de lo incongruente (*Anoche llovieron café y yuca en el campo*). El segundo corresponde al saber idiomático que tiene que ver con el uso de una lengua, de un idioma, lo que me permite

distinguir lo correcto (*Dispongo de treinta minutos para leer este discurso*) de lo incorrecto (*Discurso para de dispongo texto minutos treinta leer este*). El tercero, el saber expresivo, corresponde al producto final en función de la situación comunicativa, que hace posible reconocer si lo dicho es adecuado o inadecuado, apropiado o inapropiado, oportuno o inoportuno.

Procuraré cumplir estrictamente los dos primeros niveles, pues de ello me he ocupado casi todo este tiempo de preparación. Ustedes, en cambio, serán los que finalmente juzguen si logré alcanzar el tercero. Juzgarán si mi discurso fue adecuado o no; si correspondió o no a una situación como la que estamos viviendo en este momento; si todo lo dicho por mí fue o no apropiado para los receptores asistentes, y, sobre todo, si fue oportuno o no todo lo que dije.

Para el escritor español Pedro Salinas: «No habrá ser humano completo, es decir, que se conozca y se dé a conocer, sin un grado avanzado de posesión de su lengua. Porque el individuo se posee a sí mismo, se conoce, expresando lo que lleva dentro, y esa expresión sólo se cumple por medio del lenguaje». Hablar, continúa diciendo, es «comprender, y comprenderse es construirse a sí mismo y construir el mundo» (1983: 282).

Construir el mundo; así es, porque los seres humanos nos valemos del lenguaje para establecer contacto con los demás; cada vez que decimos algo, pedimos algo, contamos algo, solicitamos algo... estamos usando el lenguaje. Coseriu señala que el lenguaje posee tres rasgos universales esenciales y dos rasgos secundarios; así, son esenciales la semanticidad, la alteridad y la creatividad; en cambio, son

secundarios porque derivan de los anteriores, la historicidad y la materialidad. Esto quiere decir que el lenguaje significa, el lenguaje crea, pero significa y crea, básicamente, para otro. Además, esta creación solo puede llegar al otro si tiene un componente material bajo presentaciones históricamente reconocibles como lenguas o idiomas. En síntesis, el lenguaje no solo nos define como personas, sino que nos permite entender qué significa ser persona; y no solo qué significa ser persona, sino qué significa vivir entre personas.

Ahora bien, una de las posibilidades que tiene el hombre de concretar esa facultad humana es por medio de su lengua o idioma. Recordemos que una lengua es el código constituido por signos lingüísticos y por reglas gramaticales cuyo conocimiento es compartido por los hablantes de una comunidad. Esto es sumamente importante, porque cada lengua refleja, de manera diferente, claro está, el mundo, pero sin ejercer un influjo determinante en la forma de pensar de quienes la hablan; es decir, la lengua no se impone al individuo, sino que es «el individuo el que dispone de ella para desplegar su libertad expresiva» (Casado 2010: 61). En palabras de Coseriu: «El hablante dispone de la lengua para realizar concretamente su libertad lingüística, realizándose así él mismo como sujeto creador. Y, en un sentido más hondo, es el hablante quien hace continuamente la lengua por el hecho mismo de hablarla y, con ello, colabora constantemente en el constituirse de la respectiva comunidad lingüística» (citado en Casado 2010: 61).

En la medida en que el hablante tenga necesidad de comunicarse recurrirá a su lengua; recurrirá a su lengua como recurrirá al alimento para sobrevivir o como recurrirá a la ropa para no pasar frío. Lengua, alimento y ropa son, en definitiva, manifestaciones sociales y culturales que pueden ir cambiando a lo largo del tiempo. En efecto, tal como lo señala Martha Hildebrandt, «la lengua está en continuo fluir y las formas lingüísticas ascienden o descienden socialmente» (2013: 8). Estos cambios que se producen, a veces imperceptibles para los propios hablantes, pueden deberse a múltiples factores que se resumirían en uno solo: su propia necesidad comunicativa. Por esta razón, para Martinet el verdadero objeto de la investigación lingüística estaría en el «estudio de los conflictos que existen en el interior de la lengua dentro del cuadro de las necesidades permanentes de los seres humanos que se comunican entre sí por medio del lenguaje» (1970: 219).

Toda lengua es, en efecto, un producto cultural, es un instrumento históricamente constituido, para seguir con la terminología coseriana, propio de la actividad de hablar. Esto significa que los hablantes heredamos un patrimonio común a todos; es decir, por un lado, está la posibilidad creativa; pero por otro está la responsabilidad tácita de preservar aquello heredado. En palabras de Casado: «Es verdad que toda lengua viva, por el hecho de hablarse, cambia; pero al mismo tiempo, si queremos evitar el riesgo de incomunicación y de babelización, hemos de atenernos al uso heredado: o sea, hemos de ser solidarios con quienes compartimos idioma» (2010: 85).

¿Esto significa que yo, como hablante, debo saber cómo es mi lengua, cómo es mi idioma? Sí, en efecto. Un

hablante tiene el compromiso de preservar su lengua. Ahora bien, ¿cómo la preservo?; más todavía, ¿qué es lo que debo preservar: su ortografía, su escritura, su gramática, su léxico, sus significados?

Durante un curso de semántica que Coseriu impartió en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en 1998 le preguntaron si los profesores deberían enseñar lengua o gramática. Él fue muy claro en señalar que los profesores de los primeros grados escolares deben apuntar más hacia la enseñanza de la lengua que hacia la gramática. Considera que «el alumno sabe intuitivamente, y lo que hay que enseñarle y estimularle es la lengua misma en lugar de enseñarle gramática como una nomenclatura más o menos vacía. Primero se le estimula la lengua misma y después vendrá la gramática como nomenclatura, como una especie de alfiler para fijar lo que se ha enseñado» (2016: 191-192).

La premisa enseñar Lengua significa desarrollar las destrezas comunicativas: hablar, escuchar, leer y escribir, y no debería ser una tarea exclusiva del profesor de Lenguaje o del profesor de Comunicación. Tal como se ha señalado en más de una ocasión, todo profesor —incluso el que enseña matemáticas o química—es profesor de Lengua, porque todos coincidimos en que, desde los primeros grados, nuestros alumnos deberán interactuar de manera satisfactoria en diferentes situaciones.

En 1972, el lingüista norteamericano Dell Hymes planteó que en toda situación comunicativa el hablante no solo debe considerar lo lingüístico (lo dicho), sino que debe considerar los aspectos situacionales, sociales, pragmáticos, culturales, discursivos y textuales; es decir, el hablante no solo debe considerar lo que dice, sino a quién se lo dice, cómo se lo dice, cuándo se lo dice, por qué se lo dice...

Graciela Reyes sostiene que «las palabras significan por sí mismas y, sin embargo, la comunicación exige mucho más que intercambiar significados preestablecidos» (2017: 7). Así, cuando yo planteo a alguien una pregunta como ¿Tienes hora? No espero por respuesta un simple sí. Reyes afirma que no es lo mismo preguntar ¿Qué quiere decir esa palabra?, que ¿Qué quieres decir con esa palabra?; efectivamente, no es lo mismo decir que querer decir. En el primer caso, estamos pidiendo una información sobre el significado; en cambio, en el segundo caso, se está apuntando más bien al sentido de esa palabra en función de la intención del hablante y del contexto (2017: 7).

Un hablante, entonces, tiene que saber que no solo importa lo meramente estructural (palabras, frases y oraciones), pues todo lo dicho está condicionado por factores externos tales como la intención o propósito, la cortesía frente a la pedantería, los movimientos del cuerpo, los gestos, el contacto visual, el tono de voz, las pausas, la rapidez o lentitud al hablar, etc. Todas estas destrezas deben ser desarrolladas desde los primeros años, bien por medio de la observación, bien por medio de la transmisión directa. ¿Ahora se entiende por qué decimos que todo profesor es profesor de Lengua?

Todo profesor está en la obligación de estimular la creatividad y de despertar la curiosidad en sus alumnos porque permitirán desarrollar su capacidad de comunicación, su capacidad de expresión. Para Coseriu «el lenguaje es la forma digna de todas las actividades del hombre: es la manifestación del hombre como hombre y de la dignidad humana. Entonces hay que procurar que los alumnos asuman que todos ellos poseen esta dignidad simplemente por ser hombres y tener lenguaje» (2016: 195). Y en palabras de Pedro Salinas:

¿No nos causa pena, a veces, oír hablar a alguien que pugna, en vano, por dar con las palabras, que al querer explicarse, es decir, expresarse, vivirse, ante nosotros, avanza a trompicones, dándose golpazos, de impropiedad en impropiedad, y sólo entrega al final una deforme semejanza de lo que hubiese querido decirnos? Esa persona sufre como de una rebaja de su dignidad humana. No nos hiere su deficiencia por vanas razones de bien hablar, por ausencia de formas bellas, por torpeza mecánica, no. Nos duele mucho más adentro, nos duele en lo humano; porque ese hombre denota con sus tanteos, sus empujones a ciegas por las nieblas de su oscura conciencia de la lengua, que no llega a ser completamente, que no sabremos nosotros encontrarlo. Hay muchos, muchísimos inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos de la expresión (1983: 282-283).

Ricardo Blume, en uno de sus artículos, nos cuenta que en una obra de teatro que dirigió hace algunos años acá en Lima

el protagonista, un intelectual, se la agarraba a veces con su enamorada, una chica inculta que sólo leía historietas, diciéndole a quemarropa: ¿De qué sabes hablar? Vamos, elige un tema. Habla. Usa el idioma. Y añadía: ¿Sabes qué es un idioma? Bueno, el idioma está formado por palabras. Y las palabras son puentes que llevan de un sitio a otro. Y cuantos más puentes conozcas, a más sitios

podrás llegar. Cuando la chica se enfurruñaba y por falta de palabras quería pelear, él le decía: ¡Puentes, puentes, puentes!, ¡Usa tus puentes, mujer!, ¡Costó miles de años construirlos, úsalos tú ahora! (1989: 130).

Esos puentes de los que habla Blume solo podrán ser erigidos por medio de la educación, pero no de la noche a la mañana. El ingeniero ve terminada su obra al cabo de uno o dos meses quizá; el médico da de alta a su paciente en cuanto termine el tratamiento; el abogado cierra el caso con un apretón de manos de su cliente; pero el profesor, ¿cuándo termina su labor, cuando cierra el bimestre, el semestre o el ciclo? Un buen docente siembra la semilla del saber e inicia el proceso y quizá no logre ver los frutos, pues en la enseñanza se trabaja en un proyecto donde los resultados pueden, incluso, tardar toda una vida. Los buenos docentes desarrollan el hablar, el escuchar, el escribir y el leer, las cuatro habilidades ya mencionadas anteriormente; los buenos docentes son capaces de demostrar que la lectura resulta no solo placentera, sino útil; que tanto escribir con coherencia y corrección, como leer crítica y gozosamente le permitirá vivir mejor, que se liberará de la mediocridad, pues gracias a la lectura y la escritura uno puede llegar más allá de sus propias limitaciones; en definitiva, que la capacidad de comunicarse plenamente —buen emisor y buen receptor— sirve para toda tarea posterior.

En su discurso de incorporación a la Real Academia Española, el lingüista Salvador Gutiérrez Ordoñez afirma que un buen docente debe ser como el padre de Diego, el personaje del microcuento *El mar*, del escritor uruguayo Eduardo Galeano.

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura. Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

—¡Ayúdame a mirar!

Los docentes tenemos que hacer eso, ayudar a nuestros alumnos a mirar el mar, ese mar que está conformado por todos los saberes de las ciencias, de las letras y las artes; y lo conseguiremos si ponemos en práctica lo que dice el lingüista español Salvador Gutiérrez Ordóñez, que solo consigue apasionar al alumno el profesor apasionado; es decir, el que ama lo que hace, y que solo consigue ilusionarse con una disciplina la persona que la conozca y la domine; dos axiomas que, como señala el académico, «no aparecen en los libros de didáctica, pero que son tan contumaces como el principio de Arquímedes» (2008: 54). Solo teniendo estos dos axiomas de vida —amar lo que uno hace y dominar nuestros temas—, el buen docente entenderá que está en sus manos poner en práctica las palabras de Séneca: «no aprendemos para la escuela, sino para la vida (non scholae, sed vitae discimus)». ¿Cuántos profesores nos han preparado para la vida? Seguro que más de uno recuerda con emotivo cariño y agradecimiento a algún profesor de colegio o de universidad que le enseñó «a mirar el mar».

Somos conscientes, sin duda alguna, de la tarea difícil y sacrificada que los docentes realizan día a día, pues no solo deben adaptarse a los cambios sociales y todo lo que ello implica, sino, sobre todo, deben adaptarse a los nuevos jóvenes, a sus nuevos intereses, a sus nuevas formas de ver y entender el mundo, a sus nuevos métodos de aprendizaje, a sus nuevas relaciones interpersonales... Dentro de la compleja cadena educativa, el docente no solo ocupa uno de los lugares más estratégicos, sino sensibles a los que tanto Estado como sociedad deben atender más. Hace poco hemos visto la tensa situación entre el gremio de maestros y el Gobierno. Han tardado en ponerse de acuerdo; definitivamente, no ha habido una buena comunicación. Blume dice: «Entre los hombres, como entre las naciones, la violencia emerge cuando se acaban o no bastan las palabras» (1989: 131).

Una buena comunicación solo se construye cuando nuestra lengua manifiesta su verdadero carácter social; es decir, cuando hay participación entre un yo y un tú o un ustedes y una clara voluntad para hacerlo; así, para el lingüista francés Joseph Vendryes, la lengua es «el lazo más fuerte que une a sus miembros, es a la vez el símbolo y salvaguardia de su comunidad», y se cuestiona si «¿Hay algún instrumento más eficaz que la lengua para asegurar la existencia del grupo?» (citado en Salinas 1983: 286). En efecto, no lo hay, pues una lengua es medio de conocimiento y comprensión del mundo; e implica herencia, tradición, contexto e idiosincrasia de sus hablantes.

Esta tradición, que se siente impuesta desde que nacemos, nos «obliga» a mantener ciertas reglas, ciertos

moldes expresivos, ciertos giros discursivos que de no seguirlos correríamos el riesgo no solo de no ser comprendidos, sino incluso excluidos bajo los calificativos de incoherente, confuso, descortés, grosero, soberbio, inculto, maleducado, machista, racista, mentiroso... Es cierto que no existe ninguna ley que nos prohíba, por ejemplo, no colocar una coma o una tilde o decir *me se cayó en lugar de se me cayó o pronunciar *estábanos en lugar de estábamos; o conjugar *andara en lugar de anduviera. Estos y muchos otros casos son muestras de que la lengua cambia con el uso que de ella hagamos los hablantes. Para Amado Alonso: «Una lengua ha sido lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están haciendo, será lo que hagan de ella». En efecto, somos los hablantes los verdaderos reguladores de nuestra lengua; pero, en palabras de Salinas «no es permisible a una comunidad civilizada dejar su lengua desarbolada, flotar a la deriva, al garete, sin velas, sin capitanes, sin rumbo» (1983: 301).

Ya lo percibió Coseriu al afirmar que

no hay ninguna comunidad de una lengua de cultura donde se descuide la expresión lingüística, el aspecto idiomático, tanto como en la comunidad hispánica, donde con mucha frecuencia se escribe de cualquier modo con tal que se entienda, como si la lengua fuera nada más que un instrumento práctico y no fuera, al mismo tiempo, la identidad histórica de un pueblo y la identidad cultural de cada uno de nosotros (2016: 195).

Nadie se opone a la innovación siempre y cuando sea adoptada por toda la comunidad y termine reconociéndose como forma válida. Los académicos no deciden la norma lingüística; sin embargo, sí es importante tener en cuenta que

educar lingüísticamente al hombre es despertarle la sensibilidad para su idioma, abrirle los ojos a las potencialidades que lleva dentro, persuadiéndole, por el estudio ejemplar, de que será más hombre y mejor hombre si usa con mayor exactitud y finura ese prodigioso instrumento de expresar su ser y convivir con sus prójimos (Salinas 1983: 305).

Las lenguas no son inmutables, no lo olvidemos, o en palabras de Gómez Torrego «son como las aguas de un río: deben fluir sin diques de contención puristas, pero siempre bien encauzadas por los taludes de las normas de corrección con el fin de evitar que se desborden y terminen por anegarlo todo. El caos y la excesiva dispersión en una lengua nunca son deseables» (citado en Gómez Font 2017: 18). Dicho esto, entonces, somos los propios hablantes quienes tenemos que cuidar nuestra lengua; sin embargo, cabe destacar que una mayor responsabilidad recae sobre docentes y periodistas. Los primeros son los encargados de enseñar los usos lingüísticos de una comunidad; los segundos, en cambio, son los encargados de difundirlos. Tremenda responsabilidad la que se tiene.

Nadie cuida ni mucho menos ama lo que no conoce. Y es conocimiento lingüístico lo que nos está faltando. Creo que, a estas alturas, los peruanos somos conscientes de que nuestro país es un país plurilingüe y pluricultural; pero ¿todos somos conscientes de lo que esto implica? En un reciente libro publicado por el

lingüista Carlos Arrizabalaga se muestra lo que hasta la fecha se ha realizado en nuestro país.

Dentro del mundo hispano, el Perú es uno de los escenarios lingüísticos más complejos y atractivos para los investigadores, tal como se ha destacado en más de una ocasión; sin embargo, se ha avanzado poco, probablemente debido a la aparición de nuevas disciplinas y a los escasos estímulos en los jóvenes investigadores, que algunas veces se decantan hacia los estudios de nuestras lenguas originarias.

Un primer grupo destacado de lingüistas que abordaron el español peruano estaría integrado por el presbítero Antonio Pereira y Ruiz, Felipe Pardo y Aliaga, Juan de Arona (Pedro Manuel Paz Soldán y Unanue) y Ricardo Palma en el siglo XIX. Anteriores a ellos estarían las incipientes tareas lexicográficas de Pedro de Oña, Diego Dávalos y Figueroa, Andrés González Barcia, y de Juan Espinoza, que en el año 1856 publica su Diccionario para el pueblo: republicano, democrático, moral, político y filosófico, en el que se recogen una serie de palabras con definiciones peculiares tales como caminos

Son los primeros elementos de la prosperidad de un pueblo. Una mina de cobre ó estaño, por ejemplo, á cuarenta leguas de la costa, no vale nada, sin un camino que facilite á poca costa el trasporte de los metales; pero con ese camino, vale millones. Lo mismo se puede decir de todos los demas productos de la tierra;

o la definición que da de categorías sociales

Entre ciudadano y ciudadano no ha mas categoría que la del hombre de bien y la del que no lo es: entre el hombre y la sociedad se interponen categorías que es preciso respetar, en tanto que las categorías se respetan á sí mismas y respetan á los demás hombres, porque: respetos guardan respetos.

Sin duda, el diccionario de Juan Espinoza es un material valioso que debe ser objeto de investigación.

El siglo XX se inicia con la labor extraordinaria de Pedro Benvenutto Murrieta, Luis Jaime Cisneros, José Luis Rivarola, Enrique Carrión Ordóñez, Rodolfo Cerrón-Palomino, Martha Hildebrandt, Alberto Escobar, Luis Hernán Ramírez, Jorge Puccinelli, José Jiménez Borja; a estos ilustres hay que añadir también los nombres de Rubén Vargas Ugarte, Alberto Tauro del Pino, Juan Álvarez Vita, Miguel Ángel Ugarte Chamorro, Enrique Foley Gambetta, Guillermo Bendezú Neyra... que han destacado por su importante labor lexicográfica.

De todo este grupo, Martha Hildebrandt Pérez-Treviño, investigadora ejemplar, destacada profesora universitaria y miembro de número de la APL desde 1971, ha sobresalido por la agudeza y claridad en sus investigaciones lingüísticas tanto léxicas como fonológicas. Doña Martha entró como académica ocho años antes de que lo hiciera la primera mujer a la Real Academia Española, doña Carmen Conde.

Las personas que como yo sentimos una gran pasión por nuestro idioma disfrutamos mucho leyendo las acertadas explicaciones de la doctora Hildebrandt. El poeta y académico Marco Martos la describe como

inteligente y tesonera, rápida, fulminante en los debates académicos, cordial y afectuosa con amigos y familiares, Martha Hildebrandt —señala el poeta— es imagen,

símbolo de la mujer de nuestra época, dueña de un empaque señorial y de una confianza en sí misma ejemplares» (2013: 12).

La doctora Hildebrandt más que cualquier otro investigador ha conseguido ahondar en lo más profundo de la vida de nuestras palabras. Sus aportes durante todos estos años sirven de referencia para cualquiera que se acerque al bien llamado español peruano.

Por otro lado, hay que reconocer en el doctor Luis Jaime Cisneros su enorme preocupación por la enseñanza de la lengua y la escritura; en general, por la formación lingüística de nuestro país. Todos coinciden en que «fue un gran divulgador y un excelente profesor que siempre sabía despertar en la vocación de los jóvenes una inquietud por los descubrimientos intelectuales», en palabras del profesor Arrizabalaga (2017: 107).

Puedo seguir destacando las figuras de Benvenutto Murrieta, Rivarola, Carrión Ordóñez, Cerrón-Palomino y repasando sus valiosos aportes, pues han marcado un hito en la historia de la lingüística peruana; pero he mencionado a la doctora Hildebrandt y al doctor Cisneros porque ahondaron en mí tanto el amor por la lingüística como por la docencia. No he tenido la suerte de ser su discípula, pero en las pocas veces que traté al profesor Cisneros durante sus visitas a la Universidad de Piura, en Piura, entendí que no me había equivocado de carrera, que lo mío era la docencia, que lo que quería hacer toda mi vida era seguir contagiando esta inmensa pasión por la lectura, la escritura, por el buen uso de nuestra lengua, transmitir las ganas por seguir aprendiendo y enseñando, por seguir contagiando

esta alegría de ser profesora, aunque a veces termine agotada.

La entrega y generosidad de don Luis Jaime nos confirman que solo la educación nos hace mejores personas y que los maestros tenemos una gran responsabilidad en nuestras manos: solo llegaremos a tener una mejor sociedad si entendemos que hay que apostar por la educación. Esto lo sabemos muy bien los que participamos en el blog *Castellano Actual*.

Muchos de los que están presentes saben de la existencia de este blog, pero pocos, probablemente, saben de todo el esfuerzo que nos lleva sacarlo adelante. Si continuamos con este proyecto que empezó hace ya cinco años, es porque nos mueven las ganas de seguir aprendiendo y ayudando a los miles de lectores que vamos teniendo año a año. Es una tarea ardua, es cierto, porque la compaginamos con nuestro trabajo universitario, pero los comentarios y las felicitaciones de nuestros lectores, que no solo son peruanos, nos animan a seguir creciendo. Estamos apostando por la educación, por eso nos sentimos muy contentos porque desde hace unos cuantos meses estamos enlazados con la APL y, próximamente, saldrán a la luz dos publicaciones.

El español de nuestro país necesita ser estudiado, porque se enmarca no solo en una compleja realidad geográfica; sino, sobre todo, porque se percibe una notoria diferencia sociocultural y dialectal. Es cierto que a los nombres que he mencionado anteriormente, vale la pena añadir otros, tales como los de Inés Pozzi-Escot, Alfredo Torero, Anna María Escobar, Juan Carlos Godenzzi, Aída Mendoza, Augusto Alcocer, Luis Miranda, Íbico Rojas, Liliana Minaya, Marco Ferrel, Rocío Caravedo,

Luisa Portilla, Rosa Carrasco, Ana Baldoceda, Rosa Luna, Jorge Iván Pérez Silva, Carlos Garatea, Julio Calvo Pérez, Carlos Arrizabalaga, que han contribuido significativamente al estudio de nuestra lengua. A estos también se podrían sumar los de algunos lingüistas más jóvenes, tales como los de Agustín Panizo, Gildo Valero, José Antonio Salas, Paola Arana, Juan Enrique Quiroz y Marco Lovón. Seguro que me he olvidado de algunos más; por ello, pido disculpas.

Nuestro español se caracteriza por tener unos rasgos fónicos y morfosintácticos comunes a los de otras zonas hispanoamericanas; pero, sin duda alguna, son los rasgos léxicos los que más llaman la atención al foráneo. Y es que el español hablado en Perú se caracteriza por ser riquísimo en metáforas, en refranes, en frases proverbiales, en comparaciones y en expresiones fijas que vale la pena seguir estudiando.

Definitivamente, son significativos los trabajos que hasta ahora se han realizado del español peruano; pero todavía son pocos. El año pasado se presentó el *Diccionario de peruanismos*, el primer diccionario académico del Perú, pues con lo que hemos contado hasta ahora han sido repertorios léxicos. Sin duda alguna, esta obra, que fue coordinada por el lexicógrafo español Julio Calvo, es significativa porque recoge el léxico de una época de los hablantes peruanos. Pero la tarea no debería quedar aquí. Un siguiente paso podría ser un diccionario escolar; un diccionario pensado para nuestros alumnos peruanos, con ejemplos y descripciones acordes con nuestra realidad. Luego podrá venir un diccionario de uso, y posteriormente, diccionarios que cubran campos más específicos tales como gastronomía, agronomía,

minería, botánica, folclore, toponimia, siglas, personajes literarios, etc.

Considero que desde la Academia debemos promover la investigación histórico-lingüística en textos y documentos, publicados e inéditos, que requieren de un estudio filológico. Este tipo de investigaciones nos podrían servir para ir organizando una base de datos de nuestra lengua. Ya lo señaló Julio Calvo durante el congreso del año 2013: «No existe una base de datos propia que permita conocer nuestro léxico de manera automática, al modo del CREA y el CORDE académicos» (2013: 176). Efectivamente, es necesaria la base de datos no solo porque servirá para futuras investigaciones, sino, sobre todo, porque nos permitirá recuperar nuestro valioso legado antiguo: crónicas, ensayos, documentos notariales, textos literarios, etc. Tampoco tenemos, como lo señaló Calvo, «un observatorio léxico que permita recoger las palabras que nacen, con sus ejemplos y referencias, determinar su etimología, analizar lo que significan y definirlas en una base complementaria de datos, antes de que pasen al grueso del diccionario» (2013: 176).

Asimismo, considero que es importante mantener los espacios de diálogo entre especialistas; por esta razón, creo que la APL debe continuar promoviendo estos espacios (congresos, simposios, tertulias...) buscando la colaboración no solo de universidades tanto nacionales como internacionales, sino también de instituciones pares que tanta actividad lingüística promueven.

Los investigadores, los lingüistas, los lexicógrafos, los maestros necesitan de estos espacios para intercambiar no solo sus trabajos de investigación también sus propias experiencias. Además, siendo yo provinciana considero que es importante dejar de pensar que el español peruano es solo el limeño; claro que no: el español peruano es el hablado por todos, por todos y de todas las zonas de nuestro territorio. El quechua, el aimara y las otras lenguas originarias contribuyen significativamente en determinadas zonas a nuestro español y hay que seguir estudiando tal como lo viene haciendo el destacado lingüista Cerrón-Palomino. Debemos continuar avanzando, pues solo así podremos conocer mejor el perfil lingüístico y sociocultural de nuestras lenguas.

«La única manera de continuar en vida es manteniendo templada la cuerda en nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro», dice Julio Ramón Ribeyro, uno de los grandes de nuestras letras. En efecto, con la cuerda templada y tensado el arco, pero con la fe puesta en Dios y el cariño de mis familiares y amigos termino señalando, señores académicos, que mis palabras no solamente encierran gratitud por esta significativa designación. Mis palabras, señores académicos, están llenas de voluntad y compromiso para sacar adelante proyectos que contribuyan con la difusión de nuestra lengua, porque una lengua es patrimonio cultural y un medio no solo de comunicación; una lengua es un valioso medio de conocimiento y de comprensión del mundo.

Muchas gracias

Bibliografía

ARRIZABALAGA, Carlos. *Lingüística peruana. Introducción bibliográfica.* Piura, Universidad de Piura, 2017.

BLUME, Ricardo. «Usa tus puentes», en *Como cada jueves*. Segunda edición. Lima, Occidental Petroleum of Peru y Universidad del Pacífico, 1989, págs. 129-131.

CALVO, Julio. «Balance de Diperú: resultados y perspectivas», en MARTOS, Marco y Gladys FLORES (eds.). *Lexicología y Lexicografía en Hispanoamérica. Homenaje a Martha Hildebrandt*. Lima, Fondo Editorial de la Academia Peruana de la Lengua, 2013, págs. 159-179.

CASADO, Manuel. «El lenguaje humano: apunte breve sobre un asunto largo», en *Lenguaje*, valores y manipulación. Pamplona, Eunsa, 2010, págs. 46-66.

COSERIU, Eugenio. *Competencia lingüística y criterios de corrección*. *Elementos de la teoría del hablar*. Madrid, Gredos, 1992.

______. «Enseñar lengua y no gramática»; en TRAPERO, Maximiano (ed.). *La semántica en la lingüística del siglo XX: tendencias y escuelas*. Madrid, Arco Libros, 2016, págs. 191-195.

ESPINOSA, Juan. *Diccionario para el pueblo: republicano de-mocrático, moral, político y filosófico.* Carmen Mc Evoy (ed.). Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú / University of the South-Sewanee, 2001.

GÓMEZ FONT, Alberto. *Errores correctos. Mi oxímoron.* Madrid, Pie de Página, 2017.

HILDEBRANDT, Martha. Peruanismos. Lima, Planeta, 2013.

MARTINET, André. *Elementos de lingüística general*. Segunda edición. Madrid, Gredos, 1970.

MARTOS, Marco. «Exordio», en MARTOS, Marco y Gladys FLORES (eds.). *Lexicología y Lexicografía en Hispanoamérica. Homenaje a Martha Hildebrandt*. Lima, Fondo Editorial de la Academia Peruana de la Lengua, 2013, págs. 11-12.

REYES, Graciela. *El abecé de la pragmática*. Décima edición. Madrid, Arco Libros, 2017.

RIBEYRO, Julio Ramón. Prosas apátridas. Lima, Planeta, 2006.

SALINAS, Pedro. «Defensa del lenguaje», en *El defensor*. Madrid, Alianza Editorial, 1983, págs. 275-327.